

LAMEMORIA

Una misma noche,
de Leopoldo
Brizuela



Página 3

CONTRATAPA

Fin del mundo,
por Leonardo
Huebe



Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 28 | JUEVES 14 DE JUNIO DE 2012

El Martín Fierro

de José Hernández

Un conflicto entre el campo y el Estado en el siglo XIX

por Mario Goloboff



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anira.com.ar

ILUSTRACIÓN DE CARLOS ALONSO PARA EL MARTÍN FIERRO EDITADO POR EMECE EN 1960

LOS ILUSTRADORES DEL MARTÍN FIERRO

La primera edición de *La Vuelta de Martín Fierro* aparece en 1879, editada en Buenos Aires por Librería del Plata, trae una viñeta de tapa y diez grabados interiores de Carlos Clérice. Desde entonces han ilustrado el poema de Hernández más de veinte artistas, entre ellos Adolfo Bellocq (1930, Amigos del Arte), Alberto Güiraldes (1935,

Shakespeare Head Press), Carlos Alonso (1960, Emecé), Juan Carlos Castagnino (1962, Eudeba), Juan Lamela (1963, Gráficas Raimondi), Roberto Páez (1975, Centro Editor de América Latina), Ricardo Carpani (1999, Ediciones Ayer), Roberto Fontanarrosa (2004, Ediciones de La Flor), y Luis Scafati (2004, La Nación).



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 14 DE JUNIO DE 2012

Un conflicto entre el campo y el Estado en el siglo XIX



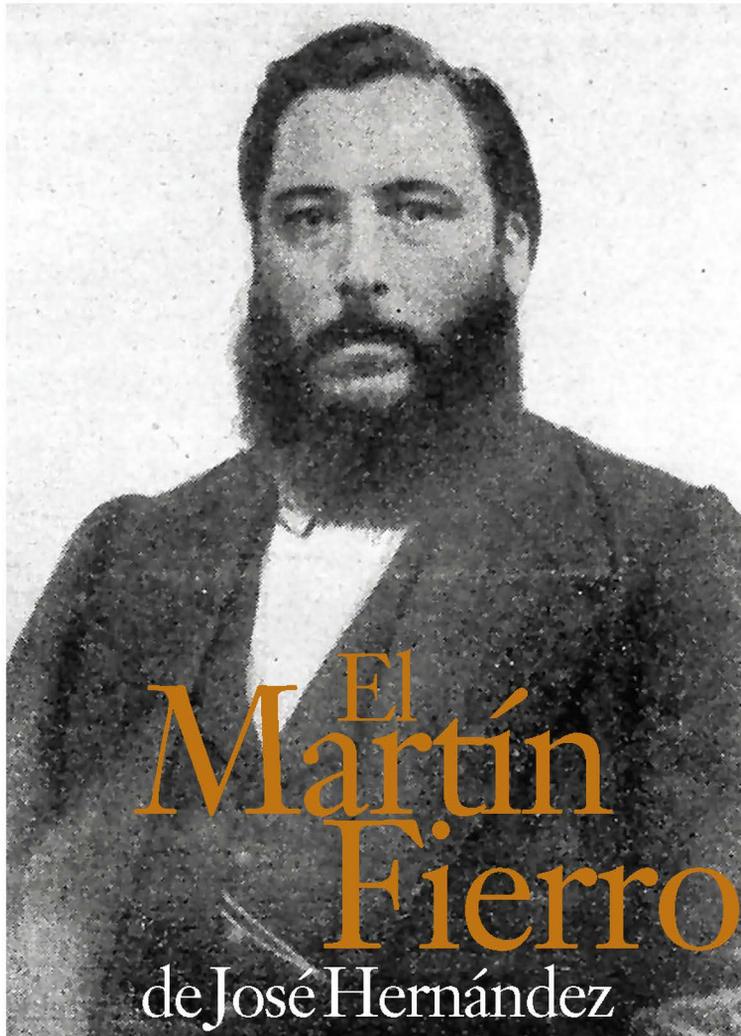
MARIO GOLOBOFF

Uno de los hechos de la literatura argentina que más sorprende y emociona es que el autor del poema nacional por antonomasia, el de nuestra *Eneida*, el de nuestra *Chanson de Roland*, termina sus días poco menos que despreciado por sus contemporáneos intelectuales y escritores y, sobre todo, desconociendo él mismo que ha entregado a todos sus compatriotas, presentes, futuros, una obra mayor.

Porque la historia de la recepción crítica del *Martín Fierro* es la historia del deslinde de intereses, banderías, oposiciones sociales y nacionales en pugna. Y elude, como siempre, cuestiones artísticas y literarias fundamentales que son las que, no única pero sí predominantemente, explican por qué se cimienta en la memoria colectiva una obra así.

José Hernández llevaba dentro este texto quizás desde la infancia, y él surgió, un poco casual, otro poco voluntariamente, en su exilio en Santa Ana do Livramento, tras la derrota de Naembé infligida por las tropas federales. Allí, “a casa da rua Rivadavia Correa 262”, donde “era poeta e recitava versos de sua lavra”, fueron apareciendo las voces de sus connacionales, y él fue dejándolas hablar, cantar, contar, y también inventándolas a su modo.

Es una de las causas principales de la alabada perfección del poema: recordó e incorporó el habla y las voces de sus “paisanos”, los modeló poéticamente y, en una transfusión y una amalgama que solo producen las grandes obras, el lenguaje común fue, después, tomando e incorporando el habla y las voces del *Martín Fierro*. Hernández buscó y dio, así, con su propia voz, su tono, su escritura: un largo canto de más de siete mil versos, en el que se cuenta la vida de los campesinos gauchos en “la frontera” (el frente militar de lucha contra el indio nativo), la vida en las tolderías (donde los temores inconscientes del poeta asoman, oscuros, des-



concertantes, casi demenciales) y, en *La vuelta...*, una vez en los alrededores de Buenos Aires, escenifica una payada construida en los límites de lo verosímil, que saca definitivamente al poema de la supuesta realidad y le insufla dimensiones metafísicas.

En los aspectos testimonial y social la intención alcanzó su ob-

jetivo, reveló implacablemente la situación del gaucho, esa carne de leva, y lo intolerable que debía ser para toda la sociedad que hubiese parias en su propia tierra, que para trasladarse de un lugar a otro en la llanura pampeana debieran tener un “pase”, carecieran de trabajo y paga fijos, perdieran su familia y sus pocos bienes a la primera trapisonda policial.

Parece, pues, impudicamente paradójico que, hoy, en medio de novedosas denuncias a la pobreza

por parte de los más ricos de la sociedad, apelaciones a la institucionalidad por parte de veteranos cordadores de puentes internacionales y organizadores de puebladas, defensas de la libertad de expresión por monopolios y manipuladores de cerebros y voluntades, y en un discurso consesente y cuatro menciones de “la patria”, sus versos ha-

yan sido ceremoniosamente citados nada menos que por el presidente de la Sociedad Rural en la inauguración oficial de la 123ª Exposición de Palermo (2009).

¿Qué hacía allí el *Martín Fierro*, un poema escrito para denunciar la persecución del gaucho sin tierra, llevado a la guerra y la miseria por la fuerza, por los patronos y la policía, condenado a defenderse como un delincuente, despojado de su mujer y de sus hijos, de su solar y de todos los bienes materiales de este mundo? Justamente, a raíz de ello, el propio poema fue vapuleado y despreciado, y su autor, José Hernández, desconocido y ninguneado como escritor de segunda categoría y, aunque muy popular, escribiente de “cosas del gauchaje”.

Claro que no solo por sus intenciones tuvo eco el poema, y crecimiento y permanencia. Sino porque en su elaboración concurren la literatura clásica y la romántica, la española desde los orígenes y la gauchesca desde los primeros tiempos. Y lo que él supo escribir y construir con eso. Porque amén de los clásicos, de la copla, del romance y las demás formas métricas de la poesía popular, están en el libro el cancionero, la novela picaresca y el teatro de los Lope, y respecto de la gauchesca es coronación, como contradicción y parodia, y como cierre.

La más reconocida y la más admirable originalidad es la que mayor contacto con la voz y el canto esta blece: la versificación. A partir de una visión general binaria de la realidad y de una poética metafórica de lo parecido y lo diferente, sobresalen el uso casi uniforme de la rima imperfecta, el empleo del octosílabo como metro natural de nuestra lengua hablada y, singularmente, la célebre sextina hermandiana.

Batallador político constante, apasionado defensor de causas siempre perdidosas, denostado, perseguido, exiliado, numen de la fundación de esa “ciudad futura”, masonica y astral, que es La Plata (a la cual, además, dio nombre), José Hernández murió, al fin, ignorando que había escrito uno de los libros inmemoriales de la lengua, un libro que es, ya, memoria de la humanidad.

FALLECIÓ EN PARÍS HÉCTOR BIANCIOTTI

El escritor argentino Héctor Bianciotti—quien fuera editor de la casa Gallimard durante los 80, y desde 1996 miembro de la Academia Francesa de Letras—falleció en París a los 82 años, luego de una larga enfermedad y casi en soledad. El narrador, que emigró a Europa en 1955, había nacido el 18 de marzo de 1930 en Córdoba. Periodista cultural,

vió en Italia y en España y desde 1961 se instaló en la Ciudad Luz, “ese norte que brilla por siempre para los intelectuales latinoamericanos cuando la oscuridad acecha”, como la definió en una conversación con *Télam* en septiembre de 1993.

PABLO E. CHACÓN



“Mi obra le debe mucho a Borges, y mucho también a José Bianco. Mis gustos son clásicos: los griegos y los narradores europeos del siglo XIX, especialmente Henry James y Oscar Wilde”.

HÉCTOR BIANCIOTTI

JUEVES 14 DE JUNIO DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Una misma noche, de Leopoldo Brizuela

Recuperación de la memoria



MORA
CORDEU

La lectura de *Una misma noche*—novela de Leopoldo Brizuela, ganadora del Premio Alfaguara— involucra al lector en un ejercicio de memoria del cual nadie sale indemne al poner en primer plano las reacciones ambiguas de una sociedad enfrentada al horror cotidiano de la dictadura militar.

Un asalto en una casa, situada en los lindes de La Plata, dispara el recuerdo perturbador de un hecho de las mismas características ocurrido más de 30 años atrás, una situación borrosa que el protagonista, un escritor, se empeña por visualizar por medio de la escritura de una novela.

Leopoldo Brizuela (La Plata, 1963) es autor de las novelas *Tejiendo agua e Inglaterra*. Una *fábulas*. Publicó también el libro de relatos *Los que llegamos más lejos* y el libro de poemas *Fiado*. Obtuvo las becas Gulbenkian de Lisboa, de la Fundación Antorchas y del Banff Center for the Arts. Recibió, entre otros, el Premio Clarín de Novela y el Primer Premio Edelap de Cuento.

En una entrevista con *Télam*, Brizuela confiesa que en la novela “hay una carga real más que autográfica” al referirse a esa trama ficcional que trata de recuperar lo que pasó cuando tenía 12 años y una patota apareció en su barrio, en su casa, a escondido a alguien. Un episodio que por medio de la escritura intenta salir del cono de sombras donde permaneció por mucho tiempo.

Por lo que contás, la escritura parte de un hecho real...

Hay una escena concreta cuando vino la patota a casa a hacer una requisita y lo único verdadero, verdadero de lo que escribo, es que yo toqué el piano y un tipo con una Itaka al lado, con mi vieja en la vereda y mi papá por ahí. No me la acordaba para nada y de gol-



LEOPOLDO BRIZUELA. “UNA HIPÓTESIS MUY CONSCIENTE DE LA NOVELA ES QUE NO SE PUEDE RECORDAR SOLO”.

pe me vino a la cabeza.

Y pienso que a lo mejor para eso está la literatura escrita o leída, para esa relación con la memoria. Me gusta la idea de que los lectores se peleen o dialoguen con este libro.

Mellamó la atención el título *La repetición* con el que presentaste la novela aunque después quedó *Una misma noche*. Da la idea del tiempo como una convención, que 30 años no es nada...

Exactamente, sí, no es la idea de que hay dos noches similares, es una misma. La idea de la repetición no era tanto por las dos noches sino por el mecanismo ese que te hace aprender lo que me obsesionaba y obsesionaba al protagonista aprender hasta que te olvidás que lo sabés, como tocar el piano.

En el libro se establece una relación entre memoria y ficción, como pistas... ¿Por qué?

Son pistas tramposas como para que el lector se identifique más fácilmente con esa situación, pero después hay otras cosas que creo yo solo se pueden encontrar con los elementos de una novela.

Me acuerdo que mucho tiempo después de lo ocurrido escuché por primera vez la palabra desa-

parecido. ¿Cómo se contaba entonces ese relato? Y con respecto al presente donde creo que en el relato común solo se toleran las versiones heroicas de esa época.

Me empecé a dar cuenta que poca gente habla de su miedo. El personaje se castiga mucho y lo llama cobardía, pero esto hay que interpretarlo.

Decisal final que somos aquello que no podemos expresar en un relato, como que la ficción puede tocarse insondable del ser humano...

Me di cuenta de la revalorización de la memoria pero como bajándola de una pedestal. El personaje no puede recordar solo y está desesperado porque no puede hacer memoria. Cuando quiere recordar al padre en una escena, no sabe si es sueño o realidad.

La novela se me ocurrió al explorar una situación, porque ningún escritor plantea voy a escribir algo sobre la dictadura. Uno se imagina que algo pasó de determinada manera y basta un dato de la realidad y te trastoca la memoria. Y creo que es muy esperanzador en medio de la tragedia. Podrá ser terrible, pero las versiones se pueden recrear y la memoria es una actividad del presente.

¿La relación del hijo con el padre no actúa como un obturador de la memoria?

Implica un mayor grado de desesperación porque el hijo al no saber si lo que vio es un sueño empieza a recordarse el mismo de una manera que no tolera. Los momentos de cobardía son difíciles de recordar y me interesaba ver que el personaje al recordarse a sí mismo fue mucho más difícil cuando ya no pasaba nada cruento, no como en 1976 cuando todavía era puro. Una hipótesis muy consciente de la novela es que no se puede recordar solo, te tienen que ayudar y contener.

Yo quería presentar a la dictadura no como un huevo que salía de la nada, sino como algo que se instalaba con historia. Cuando llega la patota al barrio hay tres personas al menos que tienen posibilidad de reaccionar para un lado u otro.

Un tipo que hubiera hecho la colimba, ¿cómo reaccionaba frente a la aparición de una patota? Esa pregunta me parecía importante de hacer. Mostrar ese lado, sacarlo a la luz y comprender que en una situación así no se sabe cual puede ser la reacción.

Cuando fui a la Esma—en una visita que no tiene que ver con la contada en la novela—me alucinó

eso, cómo era un tipo formado ahí. Qué pasaba con los colimbas. Me parece aberrante cómo alguien pudo haber concebido algo así en un supuesto lugar de formación. Y que para colmo a los alumnos más destacados como un modo de graduación los invitarán a pasar una noche en la custodia de un torturado, era una cosa más allá de lo que habla la novela. Y después el papel “pedagógico” del campo, lo que la mente perversa de los milicos querían hacer con cada uno de los ciudadanos.

¿Cómo se ubica el chico frente al horror de esos días?

Me gusta la imagen del niño ese, pensándolo después de escribir la novela, creo que siente un horror mucho más profundo. Todo se puede volver en tu contra por cualquier cosa. Como pasó en esa época. Cualquier cosa puede hacer que te maten pero al mismo tiempo la experiencia de ese pibe, es que ese mundo, su casa, el último refugio de la infancia, puede también volverse otra cosa. Un miedo mucho más profundo que el que puedo tenerle a un comisario o al chico malo de la cuadra.

Otra amenaza que el personaje vislumbra es la de no poder recordar...

Ya empieza a no quedar gente de esa generación, a la gente de menos de 30 ya no le suena tan horrible la mención de algunos nombres. Que empiezan a ser nombres de diccionario. Cosas que pueden pasar en un mismo barrio, en una misma casa, solo él sabe, porque los viejos están muy viejos y los jóvenes no están ahí.

Desde esa perspectiva ¿la literatura es un antídoto contra el olvido?

Sí, y también de una manera muy irracional, todos nos refugiarnos en la escritura como si eso nos pudiera salvar. Muy irracional salvarse de la bonaerense con la escritura, porque al fin al cabo es eso. Alguien me hizo notar que es como el chico que toca el piano, ponerte detrás de una computadora y escribir una novela.

La búsqueda de la belleza, el destino y la supervivencia en un escenario colapsado atraviesan sin demasiados sobresaltos a las mujeres protagonistas de *Las chicas de la calle Brenner*, la última novela de Angélica Gorodischer que invita al lector a recorrer vidas suficientemente alejadas "del tiempo y el espacio". Un encuentro casual, producto de una catástrofe que llena a la ciudad de escombros, une inseparablemente a

dos desconocidas que enfrentan el infortunio de la realidad. Alaíde y Zelma son las elegidas por Gorodischer para narrar una historia que entretiene con crudos y placenteros acontecimientos el recorrido de dos vidas, que ante la necesidad de sobrevivir, se convierten en madre e hija.

MILENA HEINRICH



CONTRATAPA

◆ LEONARDO HUEBE

Fin del mundo



Miedo de quedarme dormido durante/ la noche.
Miedo de no poder dormir.
Miedo de que el pasado regrese.
Miedo de que el presente tome vuelo.

Miedo (fragmento)
Raymond Carver

Cuando me desperté pensé que este iba a ser un buen día. Un domingo de esos en los que el sol no deja que el aire frío moleste, en los que respirar es fácil, en los que está permitido levantarse más temprano que tu esposa y tu hija, vestirse, dejar en el botiquín del baño un anuncio del futuro paradero y salir a buscar una de las mesas ubicadas en la vereda del Purple Rain Pub.

Parecía uno de esos días; pero me equivoqué.

Pedí un café y tres medialunas. En el camino había decidido romper mi dieta de jubilado y vivir una mañana de fiesta con harina, glucosa y caféina.

El mozo me ofreció *El Herald*, pero lo rechazé: no quería que algún detalle de la realidad me cambiara el humor. Tenía pensado disfrutar del desayuno y luego cerrar los ojos para adormecerme, de cara al sol, en los sonidos urbanos, ser cada vez más leve, intentar quedarme sin ego.

El tráfico escaso, los pájaros, algún ladrillo lejano, pronto fueron un perfecto rumor de mar grave y constante. Como siempre, fue con el mar que la brisa comenzó a descarnarme, a elevarme apenas, a purificarme.

Sé que soy injusto, que su memoria no se lo merece, pero no puedo evitar que de entre todas las cosas que debía agradecerle al doctor Mosca, la de la relajación estuviera en el topé de la pirámide. Y eso que Mosca, desde la época de la Facultad de Medicina (aquellos primeros años de la década del setenta en los que importaba más la política que aprender a extraer un apéndice) hasta su muerte, había

sido mi mentor y protector bajo cualquier circunstancia.

Fue Mosca el que me consiguió la residencia en el hospital de Paso Obligado, el que me prestó un departamento, el que me fue presentando, en cada viaje que hacía a la ciudad, a los que serían mis futuros pacientes. Fueron esos amigos de Mosca los que me insistieron y ayudaron financieramente para que abriera mi consultorio en un chalecito sobre la avenida Cabo Alfredo Grande, frente a la estación de trenes, a tres cuadras de la comisaría.

Viví y trabajé diez años en ese chalet. Me enamoré y me casé en esa ciudad. Fui protegido por Mosca y sus amigos, que me aceptaron como a su médico, como a alguien en quien confiar, como a uno de ellos.

Me pidieron favores que me recompensaron con una vida.

El sol se metió dentro de mí. Yo ya no tenía forma: me sentía un gas rojo que se dispersaba en el aire. Me estimulaba saber que para cualquiera que pasara cerca yo sólo era un viejito sentado en la vereda disfrutando de la mañana, y no un organismo vivo que estaba allí conectando mi conciencia a la naturaleza, acomodando mi respiración y mis latidos al ritmo del universo. Ahora que lo pienso, eso es lo que me define desde mi juventud: la dualidad; el ser una cosa mientras que para la sociedad soy otra.

Hay noches en la que yo mismo me sorprendo falseándome mi verdadera historia, como si lo existido hubiesen sido los sucesos de una novela mediocre.

Podría excusarme explicando que en esa época era habitual el uso de la violencia, podría excusarme diciendo que para juzgar los hechos individuales no se puede dejar de lado el contexto histórico, podría excusarme señalando que en esos años iban armados hasta los mancos. Pero en mi caso, lo cierto es que excusarme sería mentir: Mosca me enseñó un camino y yo caminé por él sin si-

quiera mirar a los costados. La posición que hoy tengo y la pequeña fortuna de la que disfrutamos con mi familia es el premio por no haber dudado de seguir en ese sendero. Había una guerra, dijo Mosca en una de nuestras últimas reuniones en Mar del Plata, donde vivía, y nosotros la ganamos. Nadie puede acusarnos de nada.

Aquello fue lo único en lo que Mosca se equivocó. Recuerdo que una noche me llamó por teléfono para decirme que un par de personas lo habían nombrado en el Juicio por la Verdad. Me repitió lo que ya le había dicho a los demás: final de las reuniones del grupo, perfil bajo, mantenerse seguro, entre familiares y amigos. Cuando se despidió no intuía que sería para siempre.

Ya era etéreo cuando desapareció el sol. Al principio creí que era la traición de una nube, así que decidí esperar a que el viento la alejara. Cuando noté que la oscuridad persistía, abrí los ojos. Delante de mí había un hombre parado. Aun volviendo, lo confundí con el mozo. Luego, noté que repetía, como en una letanía, "hijo de puta, hijo de puta". Me concentré en su figura; lo focalicé.

—¿Puedo ayudarlo? —le pregunté. No lo veía bien, ya que el sol estaba detrás de él.

—Ayúdame —dijo y se rió con amargura.

—¿Qué necesita —agregué serio. —Ayúdame —repetió él y siguió riéndose.

—Usted ya me ayudó. Me ayudó bastante. En el setenta y ocho. Se jugaba el Mundial. Escuchaban a Muñoz. Agujerearon las paredes a balazos cuando Fillol le atajó un penal a los polacos ¿No se acuerda? Yo sí. Fue en Paso Obligado. En el subte de la comisaría. Usted me ayudó mucho: si no fuera porque me auscultaba, me tomaba el pulso y les decía cuando parar y cuando seguir yo hoy estaría muerto. Con mi esposa fue diferente: un día se la llevaron, pensé que por su estado y por su inocencia para libe-

rarla. Ilusiones: ella no apareció nunca más. Éramos maestros y nos gustaba enseñar, no la política. No sabelo que me alegra verlo. La verdad es que lo descubrí saliendo de su casa y lo seguí hasta acá. No me animaba a acercarme. A esta altura uno empieza a creer que ustedes están todos muertos. Pero usted era joven, claro. Recuerdo como lo llamaban: ¡Dícele a El Tordito que mientras descansa me revise a éste! ¿Se acuerda?, pedazo de mierda. No sabe la alegría que me da haberlo encontrado vivo.

—Nosé de qué me habla, y si no se retira voy a llamar a la policía.

—Llame, llame tranquilo. Aunque antes le recomiendo pensar en cuál de los dos va a tener que dar más explicaciones.

Se rió con tristeza.

Me sentía incómodo hablándole sentado a un hombre parado, casi una sombra con el sol a su espalda. Quise incorporarme; él apoyó una mano en mi hombro y me hundió en la silla. Teníamos una edad parecida, pero el odio que sentía por mí le daba una fuerza a la que no podía oponerme. Miré hacia el Purple Rain: no había nadie a quien hacerle una seña para pedirle auxilio.

Pensé en Mosca. En su pie derecho desnudo, en el pulgar enganchado al gatillo, en el caño del FARA en su boca.

También pensé en Angélica.

La llevé a casa con el ombligo recién cortado. Le dije a Elena que era huérfana. Ella me miró a los ojos y no dijo nada: ahora sí era madre. La llamamos Angélica. La consentimos siempre. Teníamos un talento especial para malcriarla. De niña fue Barbie. De adolescente Patti Smith. La rescaté de lugares inmundos; fui, por primera vez, violento: la encontré en una granja donde algunos amigos le limpiaron toda la mugre. Me pregunté muchas veces si Angélica no sería así simplemente por una cuestión química, por cosas relacionadas con la genética.

—Sabe, yo no podía creer que

hicieran todo aquello a cara descubierta. Usted hasta traía el guardapolvo blanco. ¿Se acuerda? ¿Tan seguros estaban? ¿El cura, vive? Ese hijo de puta venía y mientras nos daban máquina nos leía pará-bolas bíblicas. Silo ve mándele mis saludos y dígame que todavía hay noches en las que sueño con su voz. ¿El comisario, vive? Ese hijo de puta estaba las veinticuatro horas tocándole las tetas a las mujeres. ¿Se acuerda? Ni mi esposa, embarazada de siete meses, se salvaba.

En ese momento, en el que el terror se me manifestaba con un sudor frío, en que recordaba la única vez que había sido partero, el hombre cambió su postura: aferrando los apoyabrazos de la silla que yo ocupaba, lentamente se acomodó en cuclillas. Vi su rostro: era un Papá Noel desprolijo.

—Bueno; ahora sabe lo que estoy buscando. ¿Fue nene o nena? ¿Quién lo tiene? ¿Sobrevivió?

—¿Pasa algo, doctor? —preguntó el mozo desde la puerta— ¿Lo están molestando?

—No pasa nada —le contesté sin mirarlo—. El amigo se está despidiendo.

El hombre asintió con la cabeza, se enderezó y retrocedió dos pasos. Decidido, introdujo una mano en el bolsillo interior de la campera. Temí lo peor: imaginé una pistola. Observé, a sesenta metros, como Elena y Angélica se acercaban al Purple Rain. Venían haciéndose cosquillas; en la tranquilidad del domingo se escuchaban sus risas. Con alivio, vi que el hombre me apuntaba con su teléfono y me tomaba un par de fotografías.

Se alejó en silencio. No giró. No volvió a mirarme. Sólo se subió a un auto viejo y se fue.

Angélica se sentó a mi lado y Elena, parada en el mismo lugar que aquel hombre había abandonado, me preguntó:

—¿Quién era?

—No sé; nadie —contesté resignado—. Uno de esos tipos que joden los domingos anunciando el fin del mundo.